

Parlamento:**El complot de la legalidad burguesa**

"El Congreso es un haz de corrompidos. Hay un grupo a quien trabaja el oro extranjero y que ha corrompido a muchas personas".
(Carta de José Manuel Balmaceda a Joaquín Villarino, enero de 1891).

I.

SE puede afirmar que después del 4 de septiembre de 1970, y por un periodo que ya ha terminado, el conjunto de la burguesía chilena fue presa de una crisis política. Dicha crisis era expresión de la desorientación que experimentaba al comprender que, al calor de sus propias querrelas, había perdido el sector más vital del gobierno: el presidencial. En 1970 el dilema burgués consistía en detener el ascenso de las reivindicaciones de los trabajadores; la alianza política de clases que llevó a Frei al poder se había deshecho y no pudo reconstruirse para solucionar ese problema principal. A comienzos del gobierno de la UP esa situación favorecía su operatividad, mientras la burguesía daba manotazos sin orden ni concierto. Todavía no llegaba el momento de que Pablo Rodríguez sincronizara su acción con Frei.

A poco andar, sin embargo, la burguesía fue unificando sus criterios. La amenaza del proletariado, su enemigo común, hizo pasar a segundo plano las diferencias y propició la reconciliación de sus partidos políticos. En ese camino se dio la reciente elección en Valparaíso, donde la DC hizo valer su condición de partido burgués mayoritario y se selló el pacto que, de hecho, convirtió a la Democracia Cristiana en la vanguardia política de las fuerzas regresivas. La DC volvía al sitial de 1964.

El auge en el nivel de coherencia política de la burguesía chilena, que se da como consecuencia de un pro-

ceso en el que el conjunto de la clase va logrando el necesario nivel de corporatividad, y en el que también se produce una creciente aptitud de sus partidos políticos para interpretar al conjunto de la clase burguesa, permite por ahora comprobar dos cosas. Primera, la posibilidad de actuar eficientemente en la técnica política para la entente DC-PN-DR. Segundo, la precariedad de las tácticas de los partidos populares.

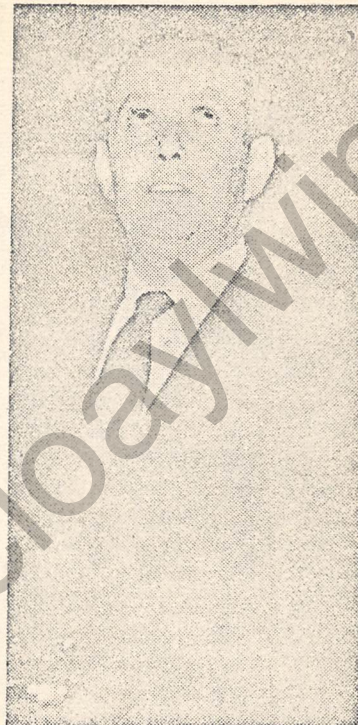
En las actuales condiciones, interesa especialmente analizar el segundo aspecto, que tiene su origen en la forma de alcanzar el gobierno que tuvo la UP, pero que nunca debe considerarse determinado por ella. Ya que se accedía a parte del poder político en condiciones impuestas por la burguesía, era natural que se generasen posiciones políticas de compromiso respecto de ella. Se trataba, para la UP, de cumplir el programa, intentando neutralizar los aperturas sediciosos originados en las lesiones que ese programa implicaba para el poder burgués. En el terreno socioeconómico, esa concepción de la Unidad Popular se ha desarrollado haciendo dos cosas:

a) tratando de concretar la movilización orgánica de los trabajadores en procura del control de centros vitales de producción. En esta tarea el MIR ha colaborado con el gobierno popular. b) Estimulando económicamente a sectores burgueses, a través de indemnizaciones, aumento de ingresos y ajustes económicos indirectos, como el crecimiento de la demanda.

No se ha verificado la correlación correcta entre estos dos métodos, y la tendencia predominante ha sido subordinar el primero al segundo. A favor de esta inclinación, se ha favorecido la organización del sector burgués. Vacilando entre la aplicación de medidas tendientes a cumplir la primera tarea y las destinadas a efectivizar la segunda, no se consigue ni elevar la combatividad orgánica del proletariado ni neutralizar al enemigo interno.

Estas características del periodo se han verificado en el terreno político cada vez más claramente. La reciente crisis por que ha atravesado la DC muestra cómo, por una parte la burguesía ha hecho del Parlamento un bastión donde se defiende e intenta pasar a la ofensiva, y cómo el dilema de los partidos de la UP los lleva a desarrollar su acción en el propio terreno parlamentario, es decir, en el ámbito donde el enemigo es más fuerte no sólo numéricamente, sino porque el Parlamento es su producto, un agente burgués de la conservación del sistema burgués.

El gobierno garantiza la legalidad; tal legalidad no sería sino la dificultad institucional para concretar el programa antiburgués. Se llega a hablar de "via chilena", legal y pluralista: con ello sólo se hace de la dificultad un método. Pero no pue-



FRANCISCO BULNES (PN): digno heredero en el Senado de los "honorables" que derrocaron y llevaron al suicidio a Balmaceda.

de juzgarse como incorrecta la táctica del gobierno y sus partidos. En efecto, cualquier Constitución, aún una burguesa como la nuestra, permite que al ser controlada por sectores antiburgueses, se la aplique contra sus autores históricos. Se trata de ejercer contra la burguesía su propia legalidad, cuando ella aparece necesitando violarla. Pero no obstante hay una dificultad: la legalidad se origina y pasa por el Parlamento. En Chile, al Parlamento lo dominan los partidos de la burguesía y por lo tanto está claro que para la clase dominante no se trata de violar lo legal sino de afirmarse en ello para su defensa. Controlando el Parlamento contra la ley, controlando la ley controlan al proletariado. Esto lo ha comprendido la derecha chilena. Hoy el poder político de la clase burguesa está radicado centralmente en el Parlamento.

Frente a ello, los partidos del gobierno han tratado de debilitar la homogeneidad política de la burguesía. Se ha enfrentado el problema como una batalla en los pasillos del Congreso, como un asunto de mayorías parlamentarias. Tal el caso de los diputados salidos de la DC; la conducta de las fuerzas del gobierno ha sido semejante a la de quien quiere cortar un árbol arrancándole las hojas. Veamos por que: Es difícil, por no decir imposible, romper la homogeneidad política de la burguesía sin romper su homogeneidad social, como que la homogeneidad política encuentra su base en la homogeneidad social. Si se procura sólo lo primero, por una incorrecta dirección de la lucha de clases por parte de los partidos de gobierno, no sólo se estará en riesgo de desgastar esfuerzos, retardar el proceso, etc. Se estará haciendo precisamente lo que la clase enemiga



JUAN HAMILTON (PDC): una voz del equipo freista en el Senado.

quiere: llevar la lucha al Parlamento, porque en ese nivel político no sólo es por ahora mayoría y puede controlarlo, sino porque en todos los casos allí puede amortiguar la fuerza de las clases dominadas, mitigar los efectos de sus luchas y reducir las expresiones de su conciencia política real.

La historia de Chile muestra cómo la burguesía se desorienta, divide y fracasa cuando la lucha de masas se desarrolla fuera de sus centros de poder. En el caso de la división del PDC se ha empleado el método de arrancar del tronco reaccionario un conjunto de "buenas conciencias" parlamentarias y de dirección. En cambio, si la lucha de clases se agudiza, si todos los mecanismos de la política económica se ponen a funcionar a favor del proletariado, inclusive en favor de sus sectores menos organizados, si no se detiene el nivel de combatividad que alcanzan las masas en aras de ponencias tácticas, los militantes "honestos" de la DC tendrán alternativas concretas y no retóricas para definir si son oportunistas o progresistas.

II.

El conflicto inter-poderes, cuya apariencia oculta los reales conflictos de clases, no es nuevo en la historia de Chile. Nos atreveríamos a afirmar que, más bien, constituye una constante. Pero en algunos períodos este conflicto ha alcanzado su máxima tensión. Uno de ellos ocurrió durante la presidencia de José Manuel Balmaceda.

Toda la literatura histórica burguesa hace mención a una lucha acerbada librada en esa época entre el poder Ejecutivo y el Legislativo. Según los "historiadores", esa sería la causa principal de la "revolución" de 1891, que culminó en el derrocamiento y suicidio del Presidente Balmaceda.

El Parlamento se movilizó prácticamente en masa contra el Ejecutivo porque de por medio había un problema concreto que nada tenía que ver con las digresiones jurídicas que lo enmascaraban. Era el



PATRICIO AYLWIN (PDC): presidente del Senado.



PEDRO IBÁÑEZ (PN): un senador de las altas finanzas.

problema del salitre. O mejor dicho, el problema de la apropiación de sus excedentes. A un lado, el Estado. Al otro, las compañías inglesas y sus beneficiarios "nacionales", todas las fuerzas interesadas en mantener las estructuras de dependencia: los grandes agricultores, los empresarios mineros, los financistas, etc.

La lucha se libró desde el Parlamento porque también para la burguesía toda lucha económica es una lucha política. Los partidos burgueses de aquel entonces, especialmente el Conservador, el Liberal y el Radical, olvidando sus antiguas querrelas, hicieron causa común en contra del Ejecutivo. Así lo ha comprobado el historiador Hernán Ramírez Necochea:

"Imposibilitados para actuar directamente en el campo político chileno, los capitalistas extranjeros buscaron y encontraron el apoyo de los más prominentes hombres públicos para la defensa de sus intereses. De este modo, radicales como Mac-Iver, Bannen, Trumbell, liberales como Zegers, Eulogio Altamirano, Adolfo Guerrero, Marcial Martínez, Melchor Concha y Toro, Máximo R. Lira y conservadores como Carlos Walker Martínez, Zorobabel Rodríguez y Luis Barros Méndez, actuaban entre los hombres que estaban al servicio de los magnates de la industria salitrera y fueron los portavoces, tanto en los partidos políticos como en el Congreso y en las esferas de gobierno"(1)

El Parlamento de 1891 se convirtió así en la guarida de la sedición. Naturalmente, la burguesía se escuda en la legalidad porque ella misma la hace.

Todos esos personajes del 91, algunos con fichaje de honorabilidad, cuyos nombres llevan calles de Santiago y otras ciudades, con monumentos algunos, son los héroes de la burguesía: agentes comisionistas del imperialismo, mercenarios, mercachifles internacionales. La historia, indudablemente, tiene sus curiosidades.

Si un Morales Adriasola, por ejem-

(1) Hernán Ramírez, "Balmaceda y la Contrarrevolución del 91", Santiago, 1958, pág. 184.

plo, hubiese sacado adelante la sedición, él y otros habrían sido también héroes de la burguesía, y no delincuentes con fuero como hoy todos los conocen. En realidad el Parlamento todavía está lleno de hombres con ilusión de héroes, gente que quiere "salvar al país" a todo trance. El diputado Bernardo Leighton acaba de declarar que el PDC pactará con la Derecha y con el diablo si es necesario para "salvar al país". Así es, en efecto.

¿Por qué hombres tan honorables como un Bulnes Sanfuentes, un Julio Durán o un Narciso Irureta van a ser menos honorables que un Mac Iver, un Zegers o un Walker Martínez?

III.

El Parlamento había cumplido cabalmente su cometido en 1891. Después de esos acontecimientos, sobrevino el llamado "período parlamentario" que culminó en 1925. En el intertanto, la corrupción fue tan evidente en todos los niveles, que ni los mismos cronistas de la burguesía han podido desmentirla. El salitre se entregó a las compañías inglesas. La burguesía nacional, en todas sus fracciones, vivía satisfecha bajo el alero de la dependencia. Los Presidentes no eran más que meros juguetes de un Parlamento corrompido. Pero bajo el festín, una fuerza nueva comenzaba a hacerse presente. Era el proletariado, especialmente el de las salitreras. El Parlamento, entonces, mandó a los presidentes a que asesinaran obreros. Valparaíso, 1903; Santiago, 1905; Antofagasta, 1906; Iquique (Escuela Santa María), 1907.

Pero paulatinamente el salitre dejaba de ser el gran surtidor de ingresos, aun antes de que los alemanes le diesen el golpe de gracia al inventar el salitre sintético. Agreguemos la progresiva caída de los precios agrícolas, la disminución en la demanda de exportaciones que habían tenido un funcionamiento regular (carbón, lana, cobre), etc. Estas grietas en la estructura económica facilitaron el ascenso de masas, que se desarrolló en dos niveles principales.

1.—Movilización de nuevos sectores, —especialmente intermedios— que cuando el salitre dejó de reportar capitales presionaron en dirección del Estado a fin de conservar sus posiciones amenazadas.

2.—Ascenso inorgánico del proletariado por cuanto sus organizaciones políticas no pasaban más allá de prácticas mutualistas y sindicalistas (el PC recién estaba naciendo).

Los mismos partidos de la burguesía comenzaron a quebrarse, ya que muchos intentaron un empalme con las nuevas fuerzas emergentes o, lo que es lo mismo, buscaron un crecimiento político a costa de una crisis económica que ellos habían contribuido a crear. En estas condiciones, el proletariado terminó siendo conducido por fuerzas burguesas y pequeño-burguesas expresadas en la combinación política llamada Alianza Liberal y por su líder, el histriónico demagogo Arturo Alessandri Palma.

La depresión y la agitación en ciernes requerían que se promovieran determinados ajustes estructurales, incluyendo algunas reformas sociales. Para tal efecto, era necesaria la acción centralizadora del Estado. Como la misma institucionalidad era un obstáculo para modificar el poder político, el agente

(Pasa a la vuelta)

(De la vuelta)

impulsor tuvo que surgir fuera de ella. Este agente fue el ejército.

En muy breve tiempo sobrevinieron dos oleadas militares. La primera, de los Altos Mandos, era de carácter reaccionario. Su función principal consistió en contener todo síntoma de efervescencia que lesionara la integridad del status. Como la demagogia de Alessandri era un fermento constante, se decretó su salida. La segunda oleada provino de la oficialidad joven. Estos militares buscaban el retorno a un Ejecutivo autoritario, fundamentado en una Constitución presidencial, abogando para tal efecto el retorno de Alessandri. En cierto modo estos militares se identificaban con el clamor populista en ascenso. Cierta es que el resultado de su acción fue de carácter estabilizador más que insurgente, ajustando determinados mecanismos políticos dislocados. Pero, independiente a ese carácter, las consignas que agitaron, como por ejemplo la distribución de ingresos, la dictación de leyes sociales, etc., reflejaban aspiraciones de la pequeña burguesía, sectores medios o incluso del proletariado. En esa realidad, la constitucionalidad sólo podía surgir de su violación flagrante. Su fruto jurídico fue la Constitución de 1925.

De lo expuesto, podemos extraer las siguientes conclusiones:

1.—La reducción del Parlamento en la época de Arturo Alessandri sólo fue posible en virtud del ascenso de las masas, cuyas expresiones inorgánicas sirvieron de apoyo a reivindicaciones políticas de sectores de la burguesía.

2.—El poder parlamentario, incubado en el mercenarismo antibalmacedista, tuvo que ser abatido para cumplir requisitos que no provenían directamente de los trabajadores.

3.—Al igual que durante el período balmacedista la burguesía entre 1920-25, mistificó la realidad transponiendo el conflicto real de clases por su mera apariencia jurídico-política.

IV.

Hay otros momentos históricos en los cuales la burguesía se ha ocultado detrás del Parlamento para controlar los procesos sociales. Sólo



JUAN DE DIOS CARMONA (PDC): ahora es senador y antes fue ministro. Siempre en la derecha.



FERNANDO SANHUEZA (PDC): presidente de la Cámara de Diputados.

nos hemos detenido en dos de los más significativos. Ello porque nuevamente estamos asistiendo a la resurrección del fenómeno. Pero hay en las actuales circunstancias una correlación de fuerzas diferente que otorga a las fuerzas populares si no el triunfo, por lo menos posibilidades para lograrlo.

En primer lugar, es evidente que el gobierno del compañero Allende no se encuentra solo. Es un gobierno popular. No es una fracción burguesa nacionalista en el gobierno, como fue la encabezada por Balmaceda. Es un gobierno que no basa su fuerza en elementos o aparatos técnico-políticos, o en el simple control de un sector del gobierno. El gobierno de Allende es una fuerza social. Su fuerza son los pobres de Chile. El proletariado, el campesinado, las capas medias pauperizadas. Los reaccionarios de ayer, los antibalmacedistas, dominando al Parlamento, aislaban al presidente. Los reaccionarios de hoy, los anti-allendistas, dominando al Parlamento se encuentran con un Presidente respaldado por toda una fuerza social. Tarea revolucionaria es por tanto fortalecer en todos los términos esa fuerza social. Creemos que para ello hay que debilitar y/o neutralizar la oposición; incluso la parlamentaria. Pero por paradoja esa tarea no se realiza en el interior del Parlamento, sino afuera.

En segundo lugar, el compañero Allende no es Presidente por decisión de fuerzas irracionales, espontáneas, como fue el caso de Alessandri Palma. Quiénes votaron por Allende votaron por la construcción del socialismo, entendiendo que el programa de la UP abría perspectivas para esa alternativa. Por tanto no debe esperarse que la lucha contra la oposición, reflejada en el Parlamento, provenga de segmentos ajenos a las masas como durante Alessandri Palma. Pero la radicalización orgánica de las masas depende en gran parte de la radicalización de sus organizaciones políticas. Y no es un misterio para nadie afirmar que la UP no es un bloque homogéneo. De tal manera que, enfocando la lucha política en el nivel parlamentario, sólo se logrará desvitalizar la tan necesaria radicalización política, permitiendo que en ese juego aloren y primen las tendencias más oportunistas y transaccionistas del bloque, lo que sólo irá en beneficio de la burguesía, tanto económica

como política, y por lo tanto en perjuicio de los trabajadores y de su gobierno.

En tercer lugar, fuera del Parlamento, en la lucha cotidiana, es donde se desarrollan, crecen y fortalecen (aun en la batalla de la producción, siempre que ésta sea enfocada con criterio político y no meramente técnico) las verdaderas conducciones de las masas. Ahí junto con militantes de algunos partidos de la UP, está jugando un papel significativo el MIR. Al otro lado del muro está la DC, como puntal de la reacción. La elección de los "campos de batalla" determinará no sólo el éxito o el fracaso de un gobierno, sino que el de la misma revolución chilena.

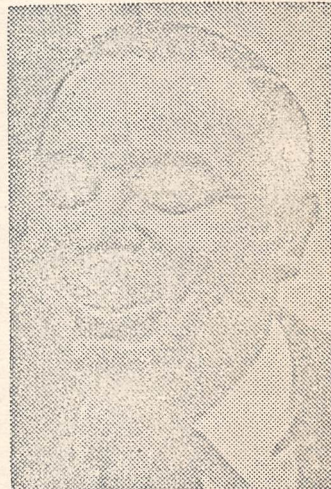
Ahora bien, ya hay más que suficientes pruebas del complot parlamentarista. Primero, vino la muralla impuesta a la implantación de los tribunales populares, consagrados en el programa de la UP. Luego los cotidianos desafueros a Intendentes y gobernadores. Enseguida, las cortapisas a la reforma agraria. Después, las mutaciones que debió sufrir el proyecto original de nacionalización del cobre. Por último, y como remache, la coalición antipopular de Valparaíso. Debemos esperar mucho más para el futuro, en especial el bloqueo a la Cámara Unica.

Es en ese marco donde hay que juzgar las relamidas letanías que dedica al Parlamento un "honorable" parlamentario como Patricio Aylwin.

Pero a los revolucionarios eso no debe importarles demasiado. Ellos saben que la lucha real no es entre el poder Ejecutivo y el poder Legislativo. Saben que la lucha real es la que se libra entre el poder de los explotadores y el poder de los explotados.

Reiteramos finalmente que el problema fundamental por ahora, no es la abolición del Parlamento por decreto o por la fuerza; ni siquiera es el del plebiscito. El problema fundamental consiste en debilitar en el hecho, más que en el derecho, la fuerza social de la burguesía. Y como ese camino pasa necesariamente por el fortalecimiento del proletariado y el campesinado, implica asumir arduas tareas extraparlamentarias.

JUAN TAMAYO



ALFREDO LORCA (PDC): es un misterio qué hace en el Senado.